

Los dos tratados patentes entre Francia, Rusia y Prusia, contenían las siguientes estipulaciones:

Restitución al rey de Prusia, *por consideración al emperador de Rusia*, de la antigua Prusia, la Pomerania, el Brandeburgo, la alta y la baja Silesia;

Entrega á la Francia de todas las provincias situadas á la izquierda del Elba para hacer de ellas, juntamente con el gran ducado de Hesse, un reino de Westfalia, que se había de dar al príncipe Jerónimo Bonaparte, hermano menor de Napoleón;

Entrega de los ducados de Posen y de Varsovia para formar con ellos un Estado polaco, que con el nombre de gran ducado de Varsovia se daría al rey de Sajonia, con una ruta militar, atravesando la Silesia para facilitar el paso desde Alemania y Polonia;

Reconocimiento por la Prusia y la Rusia de Luis Bonaparte como rey de Holanda, de José Bonaparte como rey de Nápoles, de Jerónimo Bonaparte como rey de Westfalia, y reconocimiento de la confederación del Rhin y en general de todos los Estados creados por Napoleón;

Restablecimiento de los príncipes de Oldemburgo y Mecklemburgo en sus soberanías, pero ocupando sus respectivos territorios las tropas francesas para llevar á efecto el bloqueo continental;

Ultimamente, mediación de la Rusia para restablecer la paz entre Francia é Inglaterra;

Mediación de la Francia para restablecer la paz entre la Rusia y la Puerta.

Los artículos secretos comprendían las estipulaciones siguientes:

Restitución de las bocas del Cattaro á los franceses;

Entrega de las Siete-Isas, que en lo sucesivo debían ser de propiedad exclusiva de la Francia;

Promesa para José, reconocido ya como rey de Nápoles, de reconocerle además como rey de las Dos Sicilias así que los Borbones de Nápoles recibiesen la indemnización de las Baleares ó de Candía;

Promesa de restituir á la Prusia á la izquierda del Elba un territorio de trescientos ó cuatrocientos mil habitantes en caso de agregarse el Hannover al reino de Westfalia;

Por último, pensiones vitalicias para los príncipes desposeídos de las casas de Hesse, Brunswick y Nassau-Orange.

El tratado oculto, más importante que todos los firmados á la sazón, y acerca del cual se creía poder mantener un inviolable secreto, comprendía el compromiso contraído por la Rusia y la Francia de hacer causa común en cualesquiera circunstancias; reunir sus fuerzas de mar y tierra en cualquier guerra que tuviesen que sostener; armarse contra Inglaterra en caso de no admitir ésta las condiciones que hemos mencionado, y contra la Puerta en caso de no aceptar ésta la mediación de la Francia, y en este último caso, decía el texto, *libertar á las provincias de Europa de las vejaciones de la Puerta, exceptuando á Constantinopla y la Rumelia*. Comprometíanse las dos potencias á hacer de consuno la intimación á la Suecia, Dinamarca, Portugal y á la misma Austria de que cooperasen á los proyectos de Francia y Rusia, cerrando sus puertos á la Inglaterra y declarándole la guerra.

No podían ligarse los dos Estados de una manera

más completa, ni podía ser más rápido y extraordinario el cambio verificado en la política de Alejandro (1).

La firma prestada por los rusos llevaba consigo la de los prusianos, lo cual causó á éstos gran pesadumbre. La reina de Prusia quiso partir inmediatamente: después de comer como de costumbre el día 8 con Napoleón, dirigiendo á éste algunas quejas llenas de orgullo, y algunas otras á Alejandro llenas de amargura, salió, acompañada de Duroc, que no cesó de interesarse por ella vivamente, y se echó en el coche sollozando, partiendo inmediatamente para Memel.

Libre Alejandro de sus amigos desgraciados, cuya tristeza le era embarazosa, entregóse de lleno al entusiasmo de sus nuevos proyectos. Había sido vencido, pero sus armas quedaban cubiertas de honor, y en vez de sufrir pérdidas después de una guerra donde sólo había alcanzado reveses, dejaba á Tilsit con la esperanza de realizar en breve los grandes designios de Catalina. Todo dependía de él, porque en su mano estaba el torcer hacia la paz ó hacia la guerra la mediación de la Rusia para con el gabinete británico, y la mediación de la Francia para con el diván. Por la una lograba la Finlandia; por la otra alcanzaba el todo ó una parte de las provincias del Danubio. La nueva alianza contraída le colmaba de satisfacción. Prometiéronse él y Napoleón permanecer inviolablemente unidos, no ocultarse cosa alguna y volverse á ver en breve para continuar aquellas relaciones directas que tan buenos frutos habían ya producido.

El 9 de julio, al día siguiente de firmarse los tratados, se verificó el canje solemne de las ratificaciones y la despedida de los soberanos. Pasó Napoleón á la morada que ocupaba Alejandro, ostentando el gran cordón de San Andrés; recibióle el joven príncipe revestido con el gran cordón de la Legión de Honor y con su guardia sobre las armas. Canjeadas las ratificaciones, montaron los dos emperadores á caballo y se presentaron á sus tropas. Pidió Napoleón que se hiciese salir de las filas al soldado de la guardia imperial rusa que fuese reputado como el más valiente, y le puso al pecho por su propia mano la cruz de la Legión de Honor. Detúvose después largo tiempo con Alejandro, y le acompañó hacia el Niemen. Abrazáronse por última vez con sendos ósculos entre los aplausos de todos los espectadores y se separaron. Napoleón estuvo esperando á la orilla del Niemen hasta que vió á su nuevo amigo desembarcar en la opuesta ribera, y entonces se retiró, y después de despedirse de sus soldados, que tantas maravillas habían obrado con su heroísmo, partió hacia Königsberg, donde llegó al día siguiente, 10 de julio. En esta ciudad arregló todos los pormenores de la evacuación de la Prusia y encargó al príncipe Berthier que la hiciese asunto de un convenio firmado con Mr. de Kalkreuth. Las riberas del Niemen debían quedar evacuadas el 21 de julio, las del Prégel el 25, las del Pasarge el 20 de agosto, las del Vístula el 5 de septiembre, las del Óder el 1.º de octubre y las del Elba el 1.º de noviembre, con la condición no obstante de que las contribuciones que debiese la Prusia, así ordinarias como extraordinarias, serían completamente satisfechas,

(1) Lo que publico no es el texto, sino el análisis riguroso y exacto del tratado, cuyo verdadero sentido se ha ignorado hasta hoy. (N. del A.)

ya en especie, ya en pagares aceptados por el intendente del ejército. Ascendían éstas á unos quinientos ó seiscientos millones, que debían satisfacer las ciudades anseáticas, los Estados alemanes de los príncipes desposeídos, el Hannover y finalmente la Prusia propiamente dicha. Comprendía esta suma á la vez los consumos hechos en especie por las tropas francesas ó aliadas, y lo que había de pagarse en dinero. Iba, pues, á recibir un incremento considerable el Tesoro empezado á formar en Austerlitz, y recursos suficientes para recompensar la abnegación con que se consagraban al más espléndido de los caudillos sus heroicos soldados.

Distribuyó Napoleón el ejército en cuatro comandancias, que confirió á los mariscales Davout, Soult, Massena y Brune. El mariscal Davout, con el tercer cuerpo, los sajones, los polacos, y varias divisiones de dragones y caballería ligera, debía formar la primera comandancia ó sección, y ocupar la Polonia hasta que fuese organizada. El mariscal Soult, con el cuarto cuerpo, la reserva de infantería que había pertenecido al mariscal Lannes, y una parte de dragones y caballería ligera, debía formar la segunda, ocupar la antigua Prusia, desde Königsberg hasta Dantzig, y encargarse de todos los pormenores de la evacuación. El mariscal Massena, con el quinto cuerpo, con las tropas de los mariscales Ney y Mortier y con la división bávara de Wrede, había de formar la sección tercera, ocupando la Silesia hasta la evacuación general. Por último, el mariscal Brune, formando la sección cuarta con todas las tropas que habían quedado rezagadas, debía vigilar las costas del Báltico, y recibir á los ingleses, caso de asomar por allí, como lo había recibido en otro tiempo en el Hélder. La guardia y el cuerpo de Víctor, antes de Bernadotte, fueron enviados á Berlín.

Salió Napoleón de Königsberg el día 13 de julio, y se dirigió en derecha á Dresde con objeto de pasar algunos días con su nuevo aliado el rey de Sajonia, creado gran duque de Varsovia, y de tratar con él sobre la constitución que había de darse á los polacos. Este honrado y juicioso príncipe, poco ambicioso, pero halagado con todo su pueblo por los favores concedidos á su familia, acogió á Napoleón lleno de entusiasmo y agradecimiento. Le dejó éste para regresar á París, cuya población, que no le había visto en cerca de un año, le esperaba con impaciencia y adonde llegó el día 27 de julio á las seis de la mañana.

Nunca habían brillado más la persona y el nombre de Napoleón, nunca había logrado su cetro imperial más poderío aparente. Desde el estrecho de Gibraltar hasta el Vístula, desde las montañas de la Bohemia al mar del Norte y desde los Alpes al Adriático, todo lo dominaba, ya directa, ya indirectamente, ora de por sí, ora por medio de príncipes, hechuras suyas los unos, dependientes suyos los otros. Fuera de estos límites sólo reconocía ó aliados, ó enemigos subyugados, exceptuada únicamente la Inglaterra. Así casi todo el continente le estaba sometido, porque la Rusia, momentáneamente contraria, acababa de adoptar su política con entusiasmo y el Austria se veía condenada á tolerarla, y hasta amenazada de tener que cooperar á sus fines. La Inglaterra, por fin, defendida contra tan vasto dominio por el Océano, iba á verse precisada á aceptar la paz ó soportar la guerra con todo el universo.

Tales eran las formas exteriores de este poderío gigantesco; ¡no era mucho que deslumbrasen al orbe como lo deslumbraron! Pero para conocer cuánto más aparente que sólido era, hubiera bastado un instante de reflexión.

Desviado Napoleón de su lucha con Inglaterra por la tercera coalición, atraído hacia las riberas del Danubio desde las del Océano, había castigado á la casa de Austria quitándole con la campaña de Austerlitz los Estados venecianos, el Tirol y la Suabia, y de este modo había completado el territorio de la Italia, engrandecido á nuestros aliados de la Alemania meridional y alejado nuestras fronteras de las austriacas. Todo hasta aquí iba bien, porque en efecto la sana política aconsejaba que se completase la emancipación territorial de la Italia, y que nos proporcionásemos amigos en Alemania, poniendo además nuevas distancias en Francia y Austria. Pero dejarse llevar por la embriaguez de la prodigiosa campaña de 1805 hasta el punto de alterar arbitrariamente la faz de la Europa, y, en vez de limitarse á rectificar lo pasado, que es el mayor triunfo á que puede aspirar la mano del hombre, intentar destruirle; arrancar al Austria el cetro germánico sin dárselo á la Prusia, en vez de seguir fomentando en provecho nuestro la antigua rivalidad de estas dos potencias por medio de ventajas concedidas á la una sobre la otra; convertir su antagonismo en un odio común contra la Francia, crear con el nombre de confederación del Rhin una Alemania medio francesa, compuesta de príncipes franceses antipáticos á sus súbditos, y de príncipes alemanes ingratos á nuestros beneficios, y después de hacer inevitable con esta injusta remoción del límite del Rhin la guerra con la Prusia, guerra tan impolítica como gloriosa, dejarse arrebatar por el torrente de la victoria hasta las orillas del Vístula, llegar á ellas é intentar la reconstitución de la Polonia, dejando á las espaldas á la Prusia vencida y en fermentación y al Austria secretamente dispuesta á la venganza: todo esto, aunque admirable, como obra militar, era, como obra política, imprudente, desmesurado y quimérico.

Consiguió Napoleón á fuerza de genio mantenerse en tan peligroso trance, triunfar de todos los obstáculos, de las distancias, del clima, de los pantanos y del hielo, y acabó en el Niemen la derrota de las potencias continentales. Pero en rigor urgíale, y no poco, poner término á tan audaz carrera, y su conducta en Tilsit acusó claramente esta falsa posición. Habiéndose enajenado para siempre el afecto de la Prusia, cuando hubiera podido granjearse para siempre con un noble acto de generosidad, advertido de las intenciones del Austria, y experimentando á pesar de sus victorias la necesidad de trabar alianza con alguno, aceptó la que le ofrecía la Rusia é imaginó un nuevo sistema político fundado en el único principio de la concordia entre las dos ambiciones rusa y francesa, para poder en lo sucesivo intentar todo: concordia funesta, porque no convenía á la Francia dar permiso para todo á la Rusia ni menos aún el excederse por su lado. Después de dar pábulo con el tratado de Tilsit al profundo descontento de la Alemania, creando en ella un reino francés destinado á costarnos tantos hombres, tanto dinero, tantos rencores y tantos vanos consejos como nos costaban ya los de Nápoles y Holanda; después de haber restaurado la Pru-

sia á medias en vez de restaurarla ó destruirla completamente; después de haber reconstituido la Polonia también á medias, y de dejarlo todo incompleto por la premura del tiempo, á tan larga distancia y por el decaimiento de sus fuerzas, se vengó Napoleón de sus enemigos irreconciliables y de sus amigos impotentes ó sospechosos, y erigió un inmenso edificio en que todo era nuevo desde la base hasta la cúspide, construido con tanta presteza que ni pudieron hacer asiento sus fundamentos ni siquiera endurecerse el cemento que le echó.

Pero si en nuestra opinión todo merece censura en la obra política de Tilsit, por brillante que pueda aparecer á primera vista, todo por el contrario es digno de admiración en el momento de conducir las operaciones militares. Ese ejército del campamento de Boloña que, trasladado del estrecho de Calais á las fuentes del Danubio con tan increíble prontitud, envolvió á los austriacos en Ulm, repelió á los rusos sobre Viena, acabó de derrotar á unos y otros en Austerlitz; y descansando luego unos pocos meses en Francia volvió á emprender su marcha victoriosa, entró en Sajonia, sorprendió al ejército prusiano en retirada, le destrozó de un solo golpe en Jena, le persiguió sin descanso, le avanzó y le hizo prisionero hasta su último soldado en las orillas del Báltico; ese ejército que desviado del Norte hacia el Este salió al encuentro de los rusos, los repelió sobre el Prégel y no se detuvo sino en unos intransitables lo-

dazales, que presentó entonces el inaudito espectáculo de un ejército francés acampado tranquilamente en el Vístula, que sorprendido luego de repente en sus cuarteles salió de ellos para escarmentar á los rusos, los alcanzó en Eylau y les presentó, aunque extenuado y muerto de frío, una batalla sangrienta, y después regresó otra vez á sus cuarteles, y acampado nuevamente sobre la nieve, protegiendo sólo con su reposo un grande asedio, alimentado, reforzado durante un largo invierno desde distancias que imposibilitan toda administración, volvió á tomar las armas en la primavera, y entonces favoreciendo la naturaleza al genio y situándose entre los rusos y la base de sus operaciones los redujo á tener que pasar un río á su presencia para compararse con Koenigsberg y los arrojó en aquel río en Friedland, acabando de este modo con una victoria inmortal en las mismas riberas del Niemen la expedición más lejana y más atrevida que se haya emprendido jamás, no ya por la Persia y la India indefensas, como lo hizo el ejército de Alejandro, sino por la Europa toda cubierta de soldados tan disciplinados como valientes: he aquí lo que no tiene ejemplo en la historia de los siglos; he aquí lo que verdaderamente merece la eterna admiración de los hombres. Sorprenderá en verdad que pueda desplegarse tanta prudencia en la guerra, mostrando tan poca en la política; pero la respuesta es fácil: Napoleón manejó la guerra con su genio y la política con sus pasiones.

LIBRO VIGÉSIMO OCTAVO

FONTAINEBLEAU

Júbilo causado en Francia y en los países aliados por la paz de Tilsit. - Primeros actos de gobierno de Napoleón después de su vuelta á París. - Comisión del general Savary para San Petersburgo. - Nueva distribución de las tropas francesas en el Norte. - Encárgase el mariscal Brune que con su cuerpo de ejército ocupe la Pomerania sueca y ponga sitio á Stralsund en caso de renovarse las hostilidades contra la Suecia. - Instase á la Dinamarca para que se decida á entrar en la nueva coalición continental. - Apresamiento de las mercaderías inglesas en todo el continente. - Primeras explicaciones de Napoleón con la España después del restablecimiento de la paz. - Intimación dirigida al Portugal para obligarle á expulsar á los ingleses de Lisboa y de Oporto. - Reunión de un ejército francés en Bayona. - Medidas análogas adoptadas para la Italia. - Ocupación de Corfú. - Disposiciones relativas á la marina. - Sucesos ocurridos en la mar desde octubre de 1805 á julio de 1807. - Sistema de cruceros. - Cruceros del capitán l'Hermitte en la costa de Africa, del contraalmirante Willaumez en las costas de ambas Américas y del capitán Leduc en los mares boreales. - Envío de socorros á las colonias francesas, y situación de estas colonias. - Nuevo ardor de Napoleón por la marina. - Sistema de guerra marítima en que se fija. - Asuntos interiores del Imperio. - Cambios en el personal de los destinos superiores. - Mr. de Talleyrand es nombrado vicegrande-electo, y el príncipe Berthier vicecondestable. - Son nombrados Mr. de Champagny ministro de Negocios extranjeros, Mr. Cretet ministro del Interior, y el general Clarke ministro de la Guerra. - Muerte de Mr. Portalis, á quien sucede Mr. Bigot de Preameneu. - Supresión definitiva del tribunalado. - Expurgo hecho en la magistratura. - Estado de la hacienda. - Presupuestos de 1806 y 1807. - Restablécense el equilibrio de gastos é ingresos sin recurrir á los empréstitos. - Creación de la caja de servicio. - Institución del tribunal de cuentas. - Trabajos públicos. - Empréstito de los títulos de nobleza. - Estado de las costumbres y de la sociedad francesa. - Carácter de la literatura, ciencias y artes en tiempo de Napoleón. - Legislatura de 1807. - Aprobación del código de comercio. - Casamiento del príncipe Jerónimo. - Término de la corta legislatura de 1807 y traslación de la corte imperial á Fontainebleau. - Sucesos de Europa durante los tres meses consagrados por Napoleón á los negocios interiores del Imperio. - Estado de la corte de San Petersburgo después de Tilsit. - Esfuerzos del emperador Alejandro para reconciliar á la Inglaterra con la Francia. - Oferta de la mediación de este príncipe al gabinete británico. - Situación de los partidos en Inglaterra. - Sucede al ministerio Fox-Grenville el ministerio de Canning y Castlereagh. - Disolución del parlamento. - Formación de una mayoría favorable al nuevo ministerio. - Respuesta evasiva á la oferta de la mediación rusa y envío de una escuadra á Copenhague para apoderarse de la marina dinamarquesa. - Desembarco de tropas inglesas bajo los muros de Copenhague y preparativos de bombardeo. - Intímase á los daneses que entreguen su escuadra. - Repulsa de los daneses, á la cual sigue un bombardeo de tres días y tres noches. - Horroroso desastre de Copenhague. - Indignación general que produce en Europa; redoblan las hostilidades contra la Inglaterra. - Esfuerzos de ésta para hacer aprobar en Viena y en San Petersburgo la acción odiosa cometida contra Dinamarca. - Disposiciones que inspiran á la corte de Rusia los últimos acontecimientos. - Toma la resolución de unirse más estrechamente con Napoleón para obtener de éste además de la Finlandia la Valaquia y la Moldavia. - Instancias de Alejandro á Napoleón. - Resoluciones de éste después del desastre de Copenhague. - Excita á la Rusia á apoderarse de la Finlandia, alimenta sus esperanzas de lograr las provincias del Danubio, concluye un arreglo con el Austria, vuelve á llevar sus tropas del Norte de Italia al Mediodía para preparar la expedición de Sicilia, reorganiza la escuadrilla de Boloña y acelera la invasión del Portugal. - Formación de un segundo cuerpo de ejército para apoyar la marcha del general Junot hacia Lisboa bajo el nombre de segundo cuerpo de observación del Girona. - La cuestión de Portugal da origen á la de España. - Inclinationes y dudas de Napoleón con respecto á España. - Va arraigándose en él gradualmente la idea de expulsar á los Borbones de todos los tronos de Europa. - Hácele vacilar la falta de un pretexto bastante poderoso para destronar á Carlos IV. - Papel de Mr. de Talleyrand y del príncipe Cambaceres en estas circunstancias. - Fíjase Napoleón en la idea de una repartición provisional de Portugal con la corte de Madrid, y firma el día 27 de octubre el tratado de Fontainebleau. - Mientras se dispone á aplazar la cuestión de España, llaman su atención los graves acontecimientos ocurridos en el Escorial. - Estado de la corte de Madrid. - Administración del príncipe de la Paz. - Marina, ejército, hacienda y comercio de España en 1807. - Partidos en que se divide la corte. - Partido de la reina y del príncipe de la Paz. - Partido de Fernando, príncipe de Asturias. - Una enfermedad de Carlos IV, que hace temer por su vida, inspira á la reina y al príncipe de la Paz la idea de alejar á Fernando del trono. - Medios á que éste recurre para defenderse de los proyectos. - Dirígese á Napoleón pidiéndole la mano de una princesa francesa. - Algunas imprudencias suyas hacen recelar de su conducta y provocan un registro de sus papeles. - Arresto de este príncipe y formación de una causa criminal contra él y sus adictos. - Descubre Carlos IV á Napoleón lo que ocurre con su familia. - Napoleón, excitado á entender en los asuntos de España, forma un tercer cuerpo de ejército en los Pirineos, y dispone el envío de sus tropas por la posta. - Mientras se dispone á intervenir, el príncipe de la Paz, aterrado por el efecto que había producido el arresto del príncipe de Asturias, se decide á hacer que se le perdone previa una sumisión indecorosa. - Perdón y humillación de Fernando. - Calma momentánea en las cosas de España. - Aprovechala Napoleón para trasladarse á Italia. - Sale de Fontainebleau para Milán á mediados de noviembre de 1807.

La paz de Tilsit produjo en Francia un júbilo profundo y universal. Al amparo del vencedor de Austerlitz, de Jena y de Friedland, no había que temer la guerra; sin embargo, alguna inquietud había causado después de la jornada de Eylau el verle empeñado tan lejos en tan encarnizada lucha, y por otra parte parecía como si un secreto instinto advirtiese claramente á al-

gunos y vagamente á todos, que en aquella senda, lo mismo que en todas las demás, era menester saberse parar á tiempo; que tras las victorias podían presentarse los reveses; que la fortuna, fácilmente voltaria, no debía ser forzada, y que Napoleón sería el único de los tres ó cuatro héroes de la humanidad á quien no hubiera hecho expiar sus favores, si se proponía abusar de ella.

Hay en todas las cosas humanas un término que conviene respetar, y según un sentimiento á la sazón general, Napoleón se acercaba á este término, que la inteligencia discernie y que las pasiones repugnan.

De todos modos, era general el deseo de la paz y de sus dulces frutos. Napoleón en verdad había proporcionado á la Francia la seguridad interior, hasta tal punto que á pesar de una ausencia de cerca de un año á la distancia de cuatrocientas ó quinientas leguas, no había ocurrido el más leve tumulto; los únicos síntomas de agitación en la crisis que acababa de verificarse habían sido una corta ansiedad, producida por la matanza de Eylau y por el encarecimiento de los alimentos durante el invierno, y unos cuantos discursos tímidos pronunciados en las casas de algunos descontentos. Pero aunque no se temiese ya ver reproducidos los horrores del 93 y todos se entregasen á una entera confianza, era con la condición de que Napoleón viviese y dejase de exponer á las balas su preciosa cabeza; era con el deseo de gozar, sin mezcla de inquietud, la inmensa prosperidad de que había dotado á la Francia. Los que le eran deudores de una aventajada posición deseaban disfrutarla; las clases agricultora, industrial y mercantil, es decir, casi toda la nación, deseaban aprovecharse por fin de las consecuencias de la revolución y de las anchurosas vías abiertas á la exportación de los productos; porque si bien teníamos interceptados los mares, brindaba á nuestra actividad con sus mercados el continente entero, con exclusión de la industria británica, y esperaba que los mismos mares se nos abrieran por fin de resultas de las negociaciones de Tilsit. En efecto, las dos primeras potencias del continente, convencidas de la conformidad de sus intereses actuales y de la inutilidad de su lucha, acababan por decirlo así de darse el ósculo de paz en las orillas del Niemen, por medio de sus soberanos, estrechándose para cerrar á la Inglaterra el litoral de Europa, para volver contra ella los esfuerzos de todas las naciones; y era natural lisonjearse de que esta potencia, asustada de su aislamiento en 1807 lo mismo que en 1802, aceptase la paz con condiciones moderadas. No parecía probable que rechazase la mediación que iba á ofrecerle el gabinete ruso haciendo fácil á su orgullo una pacificación reclamada por sus intereses. Reinaba la paz en el continente, apuntaba ya también en los mares, y se gozaba de la felicidad en realidad y en esperanza. Sin embargo, el ejército, que más particularmente soportaba la carga de la guerra, no ansiaba la paz tanto como el resto de la nación; porque aunque sus jefes deseaban así como ésta gozar de lo que habían adquirido, después de haber visto tan lejanas regiones y tan sangrientas batallas, después de haberse colmado de gloria, seguros de que Napoleón les colmaría también de riquezas, y aunque eran de la misma opinión muchos soldados veteranos que tenían su parte asegurada en las munificencias del emperador, los generales jóvenes, los oficiales y soldados aún mozos, que formaban una parte considerable del ejército, sólo ansiaban ver renacer nuevas ocasiones de adquirir gloria y fortuna. No les desagradaba un intervalo de descanso después de la última sangrienta campaña, y así puede decirse que la paz de Tilsit fué recibida con unánimes aclamaciones por la nación y el ejército, por la Francia y la Europa, por los vencedores y los vencidos. Excep-

tuada la Inglaterra, que volvía á ver reunido contra sí el continente; exceptuada el Austria, que había esperado momentáneamente la ruina de su dominador, nadie había que dejase de celebrar esa paz con que terminaba de súbito la más grande conmoción bélica que conocieron los tiempos modernos.

Esperábase á Napoleón con impaciencia suma, porque además de las razones que había para no alegrarse de sus viajes motivados siempre por la guerra, era grato tenerle presente, velando por la pública tranquilidad y consagrado á buscar siempre nuevos medios de prosperidad en su genio inagotable. Anunció el cañón de los Inválidos su entrada en el palacio de Saint-Cloud, y resonó en todos los corazones como la señal del más feliz acontecimiento, y la iluminación general que brillaba por las noches en las ventanas de los ciudadanos y en las fachadas de los edificios públicos, sin que fuese debida ni á la policía ni á las amenazas del pueblo, atestiguaba que el júbilo era sincero, espontáneo y universal.

Mi razón, amaestrada por los años é ilustrada por la experiencia, no ignora los muchos peligros que oculta esta desmesurada grandeza, aunque después de los sucesos son siempre fáciles de discernir; pero, aunque consagrado al humilde culto del sentido racional, permítaseme un instante de entusiasmo hacia tantas maravillas, que, aunque pasajeras, pudieron haber durado más largo tiempo, y que las refiera olvidándome enteramente de las calamidades que las acompañaron. Para hablar con más exactitud de unos tiempos tan diversos de los nuestros, quiero cerrar los ojos hasta que lleguen los tristes días que después se sucedieron.

Es un síntoma seguro, aunque vulgar, de la disposición de los ánimos, el estado de los fondos públicos en los grandes Estados modernos que hacen uso del crédito, y que en un vasto mercado, llamado Bolsa, permiten comerciar con los títulos de los empréstitos que han contraído con los capitalistas de todas las naciones. La renta del cinco por ciento (que como es sabido significa el reconocimiento de un interés de cinco para un capital nominal de ciento), que Napoleón encontró á doce francos el 12 brumario, y que después subió á sesenta, llegó después de la batalla de Austerlitz á setenta, y luego traspasó este término para subir hasta noventa, interés de que no había ejemplo á la sazón en Francia. Tan pronunciada era la confianza, que el interés de esta renta aumentó todavía, y llegó á fines de julio de 1807 hasta noventa y dos y noventa y tres. Al ocurrir la catástrofe de los asignados, cuando no existía la afición á las especulaciones de hacienda, cuando aún los fondos públicos no habían enriquecido á los especuladores en grande, sino que por el contrario habían ocasionado la ruina de los legítimos acreedores del Estado; cuando era tal el precio de la plata que con facilidad podían colocarse los capitales al interés del seis y del siete por ciento, era menester una confianza inmensa en el gobierno establecido para que los títulos de la deuda perpetua se admitiesen á un interés que apenas pasaba de cinco por ciento.

El 27 de julio por la mañana llegó Napoleón al palacio de Saint-Cloud, donde acostumbraba á pasar el verano. Agregáronse á las princesas de su familia, ansiosas de verle, los grandes dignatarios, los ministros, y los

principales miembros de las corporaciones del Estado. Radiaban en su semblante el júbilo y la confianza. «Ya tenemos, les dijo, la paz continental asegurada, y pronto conseguiremos la paz marítima con la asistencia que de grado ó por fuerza nos prestarán todas las naciones del continente. Tengo motivos para creer estable la alianza que acabo de contraer con la Rusia; una alianza menos poderosa me bastaría para contener á la Europa y para privar de todo recurso á la Inglaterra. Con la de la Rusia, que me ha proporcionado la victoria y que hará durar la política, yo pondré fin á todas las resistencias. Gocemos de nuestra grandeza y hagámonos ahora comerciantes y manufactureros.» Y dirigiéndose particularmente á sus ministros, les dijo: «Bastante tiempo he sido general; ahora vuelvo con ustedes al oficio de *primer ministro* y á empezar otra vez nuestras *grandes revistas de negocios*, que ya es justo substituyan á las *grandes revistas de ejércitos*.» Quiso que Cambaceres se quedase en Saint-Cloud: le admitió á su mesa de familia, y como su cabeza volcánica, siempre en movimiento, no bien acababa una obra daba principio á otra, empezó á comunicarle sus nuevos proyectos.

Al siguiente día se puso á dictar órdenes que abrazaban la Europa entera desde Corfú á Königsberg. Su primer pensamiento fué utilizar sin demora la alianza rusa que acababa de celebrar en Tilsit. Comprada esta alianza á costa de sangrientas victorias y de esperanzas infinitas inspiradas á la ambición rusa, esa preciso sacar de ella todo el partido posible antes que el transcurso del tiempo ó ciertos inevitables desengaños resfriasen el primer entusiasmo. Se había prometido forzar á la Suecia, persuadir á la Dinamarca, arrastrar al Portugal por medio de la España y estimular de este modo á todos los Estados confinantes con los mares europeos á declararse contra la Inglaterra; hasta mediaba el compromiso de estrechar al Austria para reducirla á resoluciones análogas. Iba á verse, pues, la Inglaterra, presa como en un círculo de enemigos desde Kronstadt hasta Cádiz y desde Cádiz hasta Trieste, si no aceptaba las condiciones de paz que la Rusia tenía encargo de presentarle. Para la inmediata ejecución de este vasto sistema había ya dado órdenes Napoleón durante su viaje de Dresde á París y siguió dándolas nuevas desde el día siguiente á su llegada. Su primer cuidado debía ser el mandar á San Petersburgo un agente que continuase la obra de seducción empezada en Tilsit con Alejandro. No podía, en verdad, reemplazarlo ninguno dignamente en esta tarea; pero era preciso encontrar uno que supiera agradar, inspirar confianza y zanjar las dificultades que siempre se suscitan en las más sinceras alianzas. Esto exigía alguna reflexión, y mientras se encontraba quien reuniese todas las condiciones apetecidas, echó mano Napoleón de un oficial á quien habitualmente tenía comisionado, dispuesto para todo, así para la guerra como para la diplomacia y la policía, que sabía ser cuando convenía, ya dócil, ya arrogante, y que era muy capaz de granjearse la voluntad del joven monarca, ya predisuelto en su favor. Era el general Savary, de cuyas cualidades como hombre discreto, valiente y leal sin escrúpulo y sin medida, hemos hablado ya en otras ocasiones. El general Savary, enviado en 1805 al cuartel general ruso, había sido testigo del orgullo y de la consternación de Alejandro antes y después de la

batalla de Austerlitz, no había abusado de aquel cambio de su fortuna, antes por el contrario había sabido respetar la humillación del príncipe vencido, y aprovechándose del ascendiente que uno consigue cuando sorprende en otro el secreto de su debilidad, había logrado el influjo suficiente para llevar á buen término una comisión pasajera. En aquel primer momento en que sólo se trataba de saber si Alejandro sería sincero y si sabría hacerse superior á los resentimientos de su nación, menos dócil que él para pasar súbitamente de los horrores de Friedland á las ilusiones de Tilsit, el general Savary era muy á propósito por su sagacidad para penetrar la intención del joven príncipe, para intimidarle con su audacia y aun para contestar en caso necesario con una insolencia de soldado á las insolencias de que pudiera ser objeto en San Petersburgo. Además el general Savary tenía otra ventaja que no desdeñaba el malicioso orgullo de Napoleón: la guerra con la Rusia había nacido de la muerte del duque de Enghien y holgábase el francés de poder mandar á aquella potencia al hombre que más había figurado en aquella catástrofe, ajando de ese modo á la aristocracia rusa enemiga de la Francia, sin ofender al príncipe, que en su versatilidad se había olvidado tan pronto de la guerra como de su causa.

Dió Napoleón al general Savary poderes amplios, sin título alguno aparente, y mucho dinero para que pudiese vivir decorosamente en San Petersburgo. Debía el encargado encarecer al joven emperador la sinceridad de la Francia, excitarle á explicarse con la Inglaterra para obtener de ella un resultado pronto, ya fuese la paz ó la guerra, y á invadir en este último caso la Finlandia sin pérdida de tiempo: empresa que lisonjando la ambición moscovita, debía producir el resultado de empeñar definitivamente á la Rusia en la política de la Francia. El general por último debía consagrar todos los recursos de su ingenio á hacer prevalecer y fructificar la alianza celebrada en Tilsit.

Después de haber así atendido á las relaciones con la Rusia, se dedicó Napoleón á los otros gabinetes llamados á concurrir á su sistema. Ya sospechaba que la Suecia, gobernada á la sazón por un rey extravagante, no guardaría una conducta muy sensata, y que sería menester emplear con ella la fuerza muy en breve, á pesar del doble interés que esta potencia tenía en no esperar á que se la violentase, tanto por tratarse del triunfo de las naciones neutrales, cuanto por evitar una invasión rusa. No era en verdad difícil obligarla con un ejército de cuatrocientos veinte mil hombres como el que dominaba el continente desde el Rhin al Niemen. En consecuencia tomó disposiciones para invadir inmediatamente la Pomerania sueca, única posesión que habían permitido á la Suecia sus antiguas y sus recientes locuras conservar en el territorio de Alemania; y con este objeto hizo diversas alteraciones en la distribución de sus fuerzas en Polonia y Prusia. No quería evacuar la Polonia hasta que estuviese bien cimentada la nueva monarquía sajona que acababa de restablecer en ella, ni la Prusia hasta que fuesen íntegramente satisfechas las contribuciones de guerra, así ordinarias como extraordinarias. Dió orden en consecuencia al mariscal Davout para ocupar con su cuerpo, con las tropas polacas de alistamiento reciente y con la mayor